

Marzo está cubierta de nieve. Los templos famosos de cristianos, mayormente el de Nuestra Señora y el de San Nicolás, con otros muchos han intentado quitar los moriscos de la expulsión de España; y permitiendo el gran Visir que los derribasen y destruyesen por doce mil escudos que le daban, se fueron á despedir del Turco los embajadores de Francia, Alemania y Venecia, diciendo que aquello era no querer paz con sus principes, y por esta ocasion no salieron con su intento, ó lo más cierto, porque Dios no permitió que tantos cristianos careciesen del fruto de los tesoros de su Iglesia, donde tanto peligro corren sus almas. Aquí llegó Felisardo, y me parece que vuestra merced estaba va cansada de esperarle, no se le dando nada del estado que ahora tiene y tuvo esta ciudad insigne, porque á mujer que tan poca estimacion ha hecho de los hombres de su ley, ¿qué se le dará del turco? Pues sepa vuestra merced que las descripciones son muy importantes á la inteligencia de las historias, y hasta ahora yo no he dado en cosmógrafo por no cansar á vuestra merced, que desde su casa al Prado le parece largo el mundo, aunque vaya por su gusto en hábito de tomar el acero, con tan buenos de matar lo que topa, que en ninguno la he visfo más enemiga de la quietud humana. Vió Felisardo á sus padres, que, como eran nobles, lloraron el deshonra juntos, y el peligro que corría su sal-

vacion en aquella tierra, si bien el ver tantas iglesias y hospitales les consolaba. La comun fortuna hace mayores las confianzas del remedio y menores los sentimientos de las adversidades, como dijo no sé si era el filósofo Mirtilo, como solia la buena memoria de fray Antonio de Guevara, escritor célebre, á quien de aquí y de allí jamás faltó un filósofo para prohijarle una sentencia suya; y cierto que algunas veces es menos lo que dellos dijeron que lo que podria decir ahora cualquier moderno; pero dáse autoridad á lo que se escribe diciendo: « Como dijo el gran Tamorlan, ó se halla escrito en los *Anales de Moscovia*, que están en la librería de la universidad del Cairo. » Porque si ello es bueuo, ¿ qué importa que lo haya dicho en griego ó en castellano? y si malo y frio, ¿ cómo podrá vencer la autoridad al entendimiento? Hallé una vez en un librito gracioso, que llaman *Floresta española*, una sentencia que habia dicho un cierto conde: « Que Vizcaya era pobre de pan y rica de manzanas, » y tenia puesto á la margen algun hombre de buen gusto, cuyo habia sido el libro: Si diria, » que me pareció notable donaire; pues, como digo, y volviendo al cuento, estuvieron algunos dias Felisardo y sus padres dando trazas en su remedio, si para tal fortuna podia haber alguno. Y aquí confieso á vuestra merced, sefiora, que no sé, porque no me lo dijeron, cómo ó por dónde vino á ser Felisardo no

menos que bajá del Turco, que parece de los disfraces de las comedias, donde á vuelta de cabeza es un principe lagarto y una dama hombre y muy hombre, y á la fé que dice el vulgo que no le hablen en otra lengua. Turco, pues, era Felisardo; no lo apruebo; sus hopalandas traía y su turbante, y como era moreno, alto y bien puesto de bigotes, veníale el hábito como nacido; la disposición, el brio, el aire, la valentía y la presunción dieron motivo al Turco para tenerle muchas veces cerca de su persona; y así, trataba de las cosas de España familiarmente. Llamábase el Turco sultan Amath, hombre esta sazón de treinta y tres años. Tenía preso un hermano suyo, llamado Mustafá, de edad de treinta, á quien deseando matar, fiera costumbre de aquellos bárbaros, envió una mañana al Vastan Gibassi con otros ministros, y hallando la cárcel cerrada, y al dicho Mustafá paseándose fuera de ella, lo dijeron al Turco, que teniéndolo por milagro, le dejó preso; aconsejado después del Mufiti, que es el principal de los que enseñan su ley, quiso matarle; y aquella noche soñó que via un hombre armado, que con una lanza le amenazaba, y con esto temor le dejó con vida; si bien después le provocaron tanto, que desde una ventana que caía á un jardín de Mustafá le quiso tirar una flecha con veneno, y habiéndole apuntado, fué tal el temblor que le dió, que se le cayó el arco de las manos. Tanta ha sido finalmente la

humildad deste turco, que ni vestido ni oro ni regalo ha querido tomar de su hermano; él vive y se entiende que le ha de heredar aunque sultan Amath tiene muchos hijos, de los cuales dos varones y dos hembras se ven y comunican; los demás están recogidos y ocultos en su palacio. Tenía tanto gusto de ver imágenes y retratos de cristianos, que enviaba por ellos á los embajadores y mercaderes, y en habiéndolos visto se los volvía. Estando, pues, una fiesta mirando algunos que en una nave que tomaron estaban en la tienda de un rico hebreo, hizo llamar á Felisardo, que ya se llamaba Silvio-Bajá, nombre de aquella dama de Sicilia, por quien vivía en la mayor tristeza que tuvo amante ausente, pues, ni la desconfianza que tenía de verla, ni la mudanza del cielo y costumbres, era parte para que la olvidase, ni creo que lo fuera el río Sileno, donde se bañaba los antiguos, cuya propiedad era olvidar todo amorosa pasión, aunque fuese de muchos años. Venido Felisardo á su presencia, le preguntó si conocía aquellos retratos, y él le respondió que sí, y se los fué mostrando por sus nombres, diciendo lo que tan bien sabía de la grandeza de sus personas, apellidos y casas. Holgóse mucho Amath de conocer al emperador Carlos V, al rey II y III (1), al famoso duque de Al-

(1) No hay aquí errata, sino una elipsis demandado atreviéndola, cual es la de suprimir el nombre de ámbos Felipes.

ha, conde de Fuentes y otros señores. ¿Quién dijera que el Turco se había de holgar desto? Entre las mujeres que entonces tenía sultan Amat, era la más querida una cierta señora andaluza, que fué cautiva en uno de los puertos de España; esta holgaba notablemente de oír representar á los cautivos cristianos algunas comedias, y ellos, deseosos de su favor y amparo, las estudiaban, comprándolas en Venecia á algunos mercaderes judíos para llevárselas, de que yo ví carta de su embajador entonces para el conde de Lémos, encareciendo lo que deste género de escritura se extiende por el mundo despues que con más cuidado se divide en tomos. Quiso nuestro Felisardo, mal dije, pues ya no lo era, agradar á la gran Sultana doña Maria, y estudió con otros mancebos, así cautivos como de la expulsion de los moros, la comedia de la *Fuerza lastimosa*. Vistióse para hacer aquel conde gallardamente, porque habia en Constantinopla muchos de los que hacian bien esto en España, y las telas y pasamanos mejores de Italia. Como era tan bien proporcionado, y estaba tan hecho á aquel traje desde que habia nacido, no le hubo visto la Sultana cuando puso los ojos en él, y ellos fueron tan libres, que se llevaron de camino el alma. Representó Felisardo únicamente, y viendose en su verdadero traje, lloraba lágrimas verdaderas, enternecido de justas memorias y arrepentido de injustas ofensas. Acabada la fiesta comen-

zo en Sultana este cuidado, y en todas las ocasiones que podia, daba á entender á Felisardo que le deseaba; de suerte que á pocos lances fué entendida, porque no hay papeles más declarados y efectivos que unos ojos que asisten á mirar amorosamente. Y así, un día, alabándole la buena disposicion, y las tímándose de que por su voluntad hubiese dejado la verdadera ley, él le dijo que su ánimo no era vivir en la de aquel infame y falso profeta; que aunque era verdad que desesperacion le habia traído adonde estaban sus padres, él venia con ánimo de hacer alguna cosa señalada en servicio del rey de España; porque tenia el ánimo tan bizarro, que no volvería á ella sin ser estimado y favorecido por alguna insigne hazaña. « Si yo puedo, respondió la Sultana, favorecerte, aquí tienes la mujer más rendida y más poderosa para ayudarte, porque á mino me tiene sultan Amath como á las demás que le permite su ley y su grandeza. » Besóle entonces la mano Felisardo, é hincado de rodillas lloró mirándola. Ella, conociendo la fiera de Marte y la blandura de Adónis en aquel mancebo, levantándole de la tierra, le juró por la ley que tenia en el corazon impresa de no desampararle en cuantas acciones intentase, aunque perdiese la vida. La ocasion que tomaron para verse, fué decir al Turco lo que gustaba de oír cantar á Felisardo; y así entraba y salía con libertad á entretenerla, y tal vez estando presente

el mismo sultan Amath, donde cantó así:

• Dulce silencio de amor,
Si tanta gloria callando
Consigue quien sirve amando,
No la pretendo mayor.
Poner en duda el favor
Suspende mi atrevimiento,
Y dice mi pensamiento
Que mas la causa le culpa,
Pues no puede haber disculpa
Donde no hay merecimiento.

Amar, sin osar decir
Tanto amor, es cobardía,
Mas perder el bien seria
Determinarse á morir ;
Pero yo quiero sufrir

La pena á que me condena
Fuerza de respetos llena,
Y no temer su mudanza,
Pues no pierdo la esperanza

Mientras no pierdo la pena,
Del silencio que he tenido
Ya vive mi amor quejoso,
Pues no llega á ser dichoso
Quien no pasa de atrevido.

Quisiera ser entendido
Cuando á entender no me doy ;
Mas no decir lo que soy
Por llegar á merecer,
Sin ser querido, querer,
Mientras que callando estoy.

• Mi pensamiento contento
Consigo mismo se halla,

Que por lo que piensa y calla
Le llamaron pensamiento.
Algunas veces intento
Decir mi mal y su mengua,
Por ver si el dolor se amengua ;
Pero son locos antojos,
Que quien habla con los ojos
No há menester otra lengua.

Dadme penas inmortales,
Que siendo vos en el suelo
Tan viva imágen del cielo,
Serán penas celestiales.
Si llama gloria los males
Quien á su bien los prefiere,
Señora, bien es que espere
Que os obligue á que le deis
Un bien de los que tenéis,
Quien tanta sus males quiere.

Sin mi conoced mi mal,
Oh causa hermosa, por quien
Le tiene el alma por bien,
Que vos sois bien celestial ;
Y si con ser tan mortal,
Que le entendais no merezco,
Como en los ojos le ofrezco,
No quiero, aunque me consuma,
Que otra lengua ni otra pluma
Os diga lo que padezco. •

Parecióle á Sultana que Felisardo había compuesto estos versos á su sentimiento y propósito, y engañábase Sultana, porque los había escrito por Silvia al principio de sus amores en Palermo; pero no se engañaba en

la intencion, pues Felisardo buscó estas décimas, porque lo creyese así, entre los muchos versos que sabía, como suele suceder á los músicos, que traen capilla por las festividades de los santos, que con solo mudar el nombre sirve un villancico para todo el calendario; y así es cosa notable ver en la fiesta de un mártir decir que bailan los pastores, trayéndolos de los cabellos desde la noche de Navidad al mes de Julio.

Notablemente crecia el amor en Sultana, conquistando la voluntad ausenta deste mozo, que ya con libertad de hombre se determinaba, y ya con las obligaciones de hombre de bien se defendia. Pidióle que suplicase al Turco le diese algunas galeras y gente, de que le nombrase capitán, lo que alcanzó fácilmente. Y así, comenzó á salir de Constantinopla con seis galeras bien armadas, sin consentir, en ellas morisco alguno, que no gustaba de su trato ni les osaba fiar su pensamiento. Hizo algunos de alguna consideracion, y con poca guerra trujo á Constantinopla algunos cautivos, pero ninguno de España, que presentaba á Sultana, de quien recibia en satisfacion joyas de notable precio, porque ella gustaba de que las trujese en el turbante, que coronaba de diversas plumas. Corrió una vez la costa de Sicilia atrevidamente, y fuélo tanto, que se puso á la vista de Palermo. Silvia tenia de Felisardo un hijo de tres años, que criaba con libertad, por ser muertos sus padres, aun-

que no con tanta, que se persuadiesen los bien intencionados que era su hijo; que los que no lo son, en las doncellas más recatadas presumen mayores yerros. Sucedió pues que, como en tanto tiempo no habia tenido nueva de Felisardo, la desconfianza la tenia con algun consuelo, y pienso que por la sinrazon le hubiera olvidado, á no le tener en su hijo todos los días presente con la mayor semejanza que ha visto el refrán castellano en materia de esta duda, de que pido perdon á su imaginacion de vuestra merced; que bien le merezco, pues no dije adagio. Con esto, solicitada de algunas amigas, que no era mucho en tres años de injusta ausencia, ni saber si era muerto Felisardo, salió en una tartana con un mercader calabrés á pasear la mar, que con la bonanza la convidaba y con la piedad de su adversa fortuna la movia, que tal vez se cansa de hacer disgusto, ó porque algun breve bien sea para sentir el mal con mayor fuerza. Y en esta parte no puedo dejarme de reir de la definicion que da Aristóteles de la fortuna; no le faltaba más á este buen hombre sino que en las novelas hubiese quien se riese dél. Dice, pues, que la buena fortuna es cuando sucede alguna cosa buena, y la mala cuando mala. Mire vuestra merced si tengo razon, pues en verdad que lo digo en el segundo de los *Fisicos*, que yo no se lo levanto. Harto mejor lo sintió Plutarc Cheroneo, diciendo por afrenta que era pa-

labra de mujer decir que ninguno podia evitar sus hados? sentencia católica, como si él lo fuera; porque los albedrios son libres para justificar el cielo sus juicios. No suele descender milano, las pardas alas extendidas, el pico prevenido y las manos abiertas, con más velocidad y furia á los miserables pollos, que se alejaron del calor de las plumas de su madre, como la capitana de Felisardo á la tartana de Silvia. Tomóla en breve, con notable llanto suyo y de sus amigas; pasáronlas á ella abordando un barco, y quitando una parte de la banda de los filaretas, leváronlas á la popa, donde Felisardo estaba recostado sobre una alfombra turca de rizos de oro entre labores de seda, puesto el brazo en dos almohadas de brocado persiano, color de nácar. Hincóse de rodillas Silvia, y con lágrimas en los ojos le dijo en lengua siciliana que tuviese piedad de la mujer más desdichada dél mundo, poniéndole para moverle el pequeño infante en los brazos á los turbados ojos, á quien ya los oídos habian avisado de que aquella voz parecia la de Silvia. Aquí, señora Marcia, ni áun los hipóboles de los versos serian bastantes, cuanto más la llaneza de la prosa, que ni es historial ni poética, aunque la escribiera el autor de las *Relaciones de los toros*, quejoso de su fortuna adversa; y tiene muy justa causa, pues le están en tanto obligacion los de Zamora, de quien no se acordara este lugar despues que se dejaron de cantar

os romances del rey D. Sancho, la traicion de Bellido de Olfos y las tristezas de doña Urraca, que casi llegaron á competir con los de D. Alvaro de Luna, que duraran hasta hoy si no se hubiera muerto un cierto poeta de asonantes, que arrendó esta obligacion por veinte años á los regidores de la fortuna; y ya que nos habemos acordado de Bellido de Olfos, suplico á vuestra merced me diga si conoce algun pariente suyo; que me ha dado cuidado ver que en siendo un hombre ruin, no le queda ningun pariente en este mundo, y en habiendo procedido virtuosamente ú hecho alguna cosa digna de memoria, todos dicen que descenden dél; y yo conocí un hombre que decia por instantes: «Adan, mi señor,» y podia muy bien, porque esto es lo más cierto, aunque un hombre haya nacido en la Cochinchina, tierra donde dicen que se halló Pedro Ordoñez de Cevallos, natural de Jaen, y convirtió una infanta, bautizando más de doscientas mil personas, y hijo muy bien, y Dios se lo pagará, si fué verdad, y si nó, no. Todos estos intercolumnios han sido, señora Marcia, por aliviar á vuestra merced la tristeza que le habrán dado las lágrimas de Silvia, y excusarme yo de referir el contento y alegría de los dos amantes, habiéndose conocido. Prometo á vuestra merced que me refirió uno de los que se hallaron presentes, que en su vida habia visto más amorosas razones ni más tiernas lágrimas. Satisfizo Felisardo de

aquella novedad á Silvia, asegurándole que no habia dejado la verdadera fé, y que presto vendria á Sicilia, donde hiciese al rey de España un gran servicio, sin el que recibiria la Iglesia con reducirle infinitas almas. Enloquecióle su hijo, y despues de haber estado aquella noche tratando destas cosas, la hizo volver á Mecina ántes del alba, cargada de ricas telas y preciosos diamantes, fuera de diez mil cequies de oro, que llevó en dos cajas. Iba Silvia instruida para hablar al Virey y darle cuenta destes sucesos, quando él prevenia el salir á pelear con las galeras turcas. Pensó infinitas veces este gallardo principe si seria bien verse con Felisardo, y al fin se vino á concertar que él saliese con dos soldados cerca de la playa, y el Virey en otra con los que fuese servido. Hizolo así; y acostándose el uno al otro, saltó Felisardo en la barca del Virey, y echándose á sus pies, le hizo fuerza para besárselos. Admirados estaban los cristianos de ver la gentileza y lengua del turco, porque no llevó el Virey consigo hombre que le conociese. Hablaron de varias cosas, y al tiempo de despedirse le dió Felisardo una rosa de diamantes que le habia dado la Sultana, de precio de veinte mil escudos, que esto se decia en Constantinopla, porque no se habia llegado á vender por ejecucion de ningun señor ni por otra necesidad. Hizose á la vela Silvio-bajá, si le habemos de llamar así, dejando en ad-

miracion la ciudad, que casi toda asistia en la playa al Virey de su determinado propósito, y á Silvia de haber visto lo que no esperaba, y en tan diverso hábito y costumbres de lo que le habia conocido. La causa de no quedarse entónces este infeliz mancebo en Sicilia con su esposa y su hijo, donde se le quedaba el alma, presentando aquella escuadra de galeras con sus turcos al Virey, fué el agradecimiento que debia á Sultana por tantas buenas obras, y el deseo y ánimo que tenia de reducirla á la fé, pues ella lo deseaba, y restituirla á sus padres, que tantas lágrimas habian derramado por ella; fuera de tener él tan segura mayor presa, siempre que tuviese gusto de volver á España. Entró Felisardo por el canal de Constantinopla casi á la entrada del invierno, llevando algunos cautivos de las islas y de otras costas, sin tocar en vasallo de su majestad ni tomar tierra en parte que fuese suya. Hizo gran salva á los torres y palacio real del Turco; saltó en tierra, y besándole el pié, alegró la ciudad, entristeció la envidia y esforzó la esperanza de Sultana, que con lo que de sus deseos habia conocido, y no esperaba verle, tenia por sin duda que, faltando á la palabra dada y á tantas obligaciones, se habia quedado en España. Habia llegado pocos dias antes á Constantinopla Nasuf-bajá, primero visir del Turco, victorioso á su parecer de la guerra á Persia; cuya ostentacion y aplauso fu

tan grande, que despues de un copioso ejército de gente, traia doscientas y sesenta y cuatro acémilas cargadas de cequies de oro. Y advierta vuestra merced que, por ser tan grande ejemplo de la fortuna de los principes, quiero decirle el suceso deste hombre, que tambien fué causa del que tuvieron los pensamientos de Felisardo. Era este Nasuf-bajá yerno del Turco, y el más estimado y temido de todo aquel grande imperio. Mamut-bajá, hijo de Gigala, aquel famoso corsario que ninguno, despues de Ariadeno Barbaroja, tuvo más nombre, competia con la grandezade Nasuf y era cuñado del Turco, casado con su mayor hermana. Sentia Mamut envidiosamente la ostentacion de su enemigo, y en aquella jornada particularmente, donde me ha quedado escrúpulo si á vuestra merced le han parecido muchas las acémilas y los soldados pocos; y á este propósito quiero que sepa que un gentilhomme deste lugar, más dichoso en hacienda que en ingenio, visitaba una dama de las que estiman más el ingenio que la hacienda, que deben de ser pocas. Contábale un dia la renta que tenia, y entre otras necesidades, acabó con decir que encerraba trescientas anegas de trigo y ciento de cebada, con treinta carros de paja, y añadió que le dijese lo que le parecia de su hacienda á quien ella respondio: * Paréceme, señor, que el trigo es mucho, y poca la cebada y paja para lo que vuestra merced merece. Pero de-

jando aparte esta cantidad de acémilas, que á quien sabe la soberbia de aquella gente no le parecerán muchas, digo que Nasuf-bajá volvió á Constantinopla, diciendo que dejaba firmadas paces con el Persiano, en fé de la cual trujo consigo su embajador con ricos presentes de telas, cequies, piedras y otras cosas de valor y curiosidad increíble; mas como viese el Gigala que el de Persia molestaba algunas tierras del Turco, vino en sospecha de que Nasuf tenia algun trata doble con él, en grave ofensa de su señor, así por esto, como porque escribiendo á entrambos desde los confines de Persia, donde estaba por gobernador, ninguno le respondia. Con esto se partió á Constantinopla, y hallando en el camino un correo que Nasuf enviaba al Persiano, le convidó á cenar aquella noche, y habiéndole dado muy bien á beber, cosa que saben hacer, donde no le vea Mahoma, con muy buen aire, durmióse el correo; quitó le Mamut Gigala las cartas, en que halló lo que deseaba, y la traicion descubierta, hizo matár al correo y enterróle en su misma tienda, y llegado á Constantinopla, pidió licencia á Nasuf para entrar; negósele Nasuf si no le daba trescientos mil cequies. El Gigala, que estaba casado con la hermana del Turco, y no habia llegado á ejecucion su deseo por su larga ausencia, dió orden que ella supiese el inconveniente por qué no entraba; resolvióse Fátima, si á vuestra merced le parece que se llame así,

porque yo no sé su nombre, ir á ver á su marido, de quien supo la causa por qué no entraba, y ella, volviendo á Constantinopla, la refirió á su hermano, el cual envió de noche con gran secreto por Mamut Gigala, y llegando en un caique, sin vuestra merced se acuerda que le dije que era pequeña barca, pero no exuse una palabra turca, como algunos que saben poco griego, entró por una puerta falsa del palacio, y recibido bien de su cuñado, le refirió cuanto sabia y le mostró las cartas. Deseó desde entonces sultan Amath quitar la vida á su yerno justamente; y como se encubra tan mal un grande enojo adivinando Nasuf la causa por el semblante, faltó tres dias del consejo dando por disculpa desta falta la de su salud. Con esta ocasion el Turco le dijo que queria ir á ver á su hijá, y se previnó la calle de lienzos por todas partes sobre altas lanzas, para que no fuese visto, que sólo tiene obligacion á dejarse ver un dia en la semana, y ese es el viérnes, que entre ellos es fiesta, y vá á su gran mezquita á hacer el zalá. Con este engaño de telas pasó un coche, en que iba el Vostan Gibasi con muchos ayacoltanos, hombres fortísimos, y creyendo que fuese el Turco, á quien esperaban más de cuatro mil personas, entró en casa de Nasuf el referido, y como iba entrando, iban asimismo cerrando las puertas los soldados con cuidado y silencio. Estaba Nasuf con dos enucos en un aposento, bien descuida-

do de su fortuna; hizolos salir afuera el presidente y haciendo una gran reverencia á Nasuf, le dió un decreto del Turco, en que le pedia su real sello. Turbado Nasuf, se le dió y dijo: «*ah nasuf, cobablosol y untao?*» «¿Tiene el Gran Señor hombre que con más lealtad pueda servirle en este oficio?» Entónces el Vostan Gibasi le dió otro papel, en que le pedia la cabeza. Dió votes Nasuf, diciendo: «¿Qué traicion es esta? ¿Qué envidia? ¿Quién ha engañado á mi Gran Señor, á quien yo con tanta lealtad como obligacion he servido?» Pero viendo que no habia remedio para huir, razon para replicar, ni armas para defender la vida, se resolvió á la muerte, pidiendo al Vostan que le dejase hablar y despedir de su mujer, que estaba en otro cuarto; y no pudiendo conseguirlo, le suplicó de rodillas le dejase siquiera hacer el zalá, para que su alma fuese tan llena de necedades como habia vivido. Esto le concedieron, pareciéndoles que tocaba á la religion, siendo tan gran desatino; pero de affligido y turbado, no fué posible, y esforzando la naturaleza al mayor contrario, que no sé cómo se entienda aquí aquel consuelo de Séneca en la primera epístola: «Que nos engañamos en la consideracion de la muerte por mayor, pues todo lo que pasó de la edad, ya lo tiene la muerte;» se sentó en una silla y dispuso la voluntad á la fuerza, y el ánimo del valor al miedo de la pena. Pero, si dijo el mismo filósofo que el morir

de buena gana era la mejor muerte, ¿cómo puede quien morió con tan poca tenerla por buena, ni consolarse con que ya estaba muerto lo que había vivido? Mirándole estaba el Vostan y los soldados, llenos de admiración y miedo, á quien volviendo Nasuf severamente el rostro, dijo: « Canalla, ¿qué estais mirando? Haced vuestro oficio. » Entónces se le atrevieron cuatro dellos, y echándole una sogá á la garganta, le ahogaron. Cerró luego el Vostan las puertas, y dando cuenta al Turco, le pidió la cabeza, que habiéndosela traído, la mandó echar en el suelo, y dándole con el pié, le llamo *Brecaín*, que quiere decir traidor. Tomó el Turco su hacienda, reservando solamente la que estaba en el cuarto de su mujer. Fué la mayor riqueza que en hombre particular se ha visto, pues entre las armas so'as se hallaron mil y doscientas espadas con guarniciones de plata y oro, que si á vuestra merced le parecieren coma las acémilas, podra quitar las que fuere servida, porque non tengo cuenta á propósito, ni me atrevo á decir que tenia á su devoción Constantinopla treinta mil hombres, sustentando en varias partes siete mil y quinientos caballos, con que si le ayudara más el secreto que le favoreció la fortuna, fuera el señor del Asia. Quedó Fátima viuda y rica, y aunque la pretendian muchos, y entre ellos un gran bajá de los del turbante verdé, le pareció al Turco levantar los pensamientos de Felisardo con hacerlo cuñado

suyo, y darle mujer con tal ejemplo en dote. Comunicó este pensamiento con Sultana, que atónita de ver el camino que tomaba su desdicha, para descaminar su deseo, solicitó impedirle con decir mal al Turco de Felisardo, y que le parecia hombre de ánimo soberbio, y no mal aficionado á la patria en que había nacido, y que muchas veces le reprehendia la afición que mostraba á los reyes y señores de España, donde era justo presumir que alguna vez se quedaria; y que pues su yerno Nasuf bajá era tan deudo suyo y natural de su patria, criado en su ley y enseñado en sus costumbres, y le había salido traidor, no era razon pensar que le había de ser leal un hombre extranjero y advenedizo, criado en otra ley, en otra patria y en otras costumbres. Satisfizo esta última razon el entendimiento de Amath, y puso dilacion en el casamiento, tibieza en la voluntad y sospecha en el suceso. Entre tanto Sultana prevenia la partida á España con gran cuidado, y tuvo tanto, que habiendo la primavera siguiente alcansado del Turco saliese Felisardo á quietar el mar del Archipiélago, donde era fama que andaban seis galeras de la religion de Malta, dispuso la partida y recojó sus joyas. Tiene el palacio del Turco dos leguas de cerca, y por la parte del mar que mira á Calcedonia mucha artilleria, la puerta principal al Poniente, enfrente de la iglesia de Santa Sofia; á mano derecha de la puerta, un hospital que lla-

man Timarina, pero todos los enfermos de palacio, y á la izquierda la iglesia antigua de cristianos, título de San Jorge, donde están las armas del Rey; síguese la segunda puerta, donde se apean los que van á Consejo, y á esta una famosa calle de un tercio de legua ó poco ménos; por la parte de Framontana hay una puerta, por donde entra y sale la gran Sultana y todas las mujeres del Serallo. Aquí doble vuestra merced la hoja. Junto á la segunda puerta hay un jardin y huerta con mil hermosos árboles y venados, y á su lado una gran plaza cubierta, donde suele estar la guarda de los genizaros, y comer los dias de Consejo, porque los otros quedan de guarda. Hay asimismo doce capigis, que son porteros, en cada puerta de las referidas, y por la parte de Mediodía las cocinas para el Gran Señor y la familia de palacio, y para toda la corte el día que es de Consejo; y es tan inmenso el número que come, que el de los cocineros es de cuatrocientos y cincuenta hombres; cosa que la cuentan y la escriben, y que podrá vuestra merced no creer sin ser descortés á la novela ni á la grandeza del Turco. Después de todo se llega á la gran puerta de la Casa real, guardada de eunucos blancos, donde no puede entrar persona alguna sin orden del Turco, no siendo la familia, aunque sea el Gran Visir. Por la puerta que dejé advertida, salió, señora Marcia, la Gran Sultana con dos renegados de quien se había

fiado, y en hábito de soldado genizaro, que de otra suerte fuera imposible; camino á la mar con gran peligro, donde fué recibida con igual silencio del animoso Felisardo, que con valor intrépido mandó alargar la escuadra, y que á la vuelta de Sicilia pusiesen las proas, donde decia que pensaba hacer una famosa hazaña. Tan desdichado fué este miserable mancebo, aunque digno de mejor fortuna, que apenas comenzaron las galeras á alejarse, y zarpando la capitana, azotar el agua y el aire con los remos y velas, cuando cubriéndose el cielo de improviso de una oscurísima nube, comenzó á bramar con horribles truenos por los cuatro ángulos del mundo, acompañada de temerosos relámpagos, que en cada uno parecia que venian infinitos rayos. Entumeciése el mar, revolviéronse las olas, trabando entre sí mismas tan espantosa batalla, que daban con la espuma en las estrellas, que, con el temor de apartarse en las aguas, se escondian.

Ya no aprovechaba amainar las velas, ni en tanta confusion hallaba remedio el ánimo, ni el ejercicio resistencia. Porfiaba Felisardo á que prosiguiesen el viaje, hasta sacar la espada; pero no pudo ser obedecido, por voluntad del cielo, que al declararse el alba dió con su capitana y las demás galeras casi al puerto; él quiso pasar en su abrigo el día, ocultando á doña Maria en la cámara de popa; pero, como ya fuese conocida su falta de algunas griegas y turcas

que la servian, habian dado tantas voces que, asombrados los genizaros, dieron parte á su capitán, y él á Mahamut-bajá, de quien lo supo el Turco, que con notable sentimiento pensó luego que de envidia la habrían muerto otras mujeres ó amigas suyas; mas discurrendo entre varios pensamientos en unas y en otras cosas, que, como Séneca dijo: « Sucede fácilmente la inconstancia á los que tienen el animo dudosó, » dió en pensar que se habia partido la misma noche Felisardo, de quien Sultana decia tanto mal, arguyendo deso mismo que le queria bien, porque es muy ordinario en las mujeres, ó por disimular lo que quieren ó por engañar á otros; y con esta imaginacion hizo que Vostan-bajá fuese con cien ayamolanos y con algunos genizaros á las galeras, sabiendo que la tempestad las habia vuelto al puerto tan perdidas que era imposible sin rehacerse volver al agua. No los hubo visto Felisardo, cuando conociendo el peligro, se resolvió morir como caballero, y no con varios tormentos á las manos de un verdugo infame. Bien quisiera el Bajá llevarle vivo, pero no dejándose prender, y resistiéndose en la cureña de la capitana, sembró la crujía de cuerpos muertos con sola una espada ancha que traia y una rodela abrazada. Viendo Vostan que sería imposible llevarle como él deseaba, mandó á los genizaros que le tirasen, y en un instante cayó muerto de cuatro manos, aunque de ningún deseo, porque fué

sumamente amado de aquellos bárbaros. Dicen que dijo poco ántes que cayese: « Turcos, sed testigos que muero cristiano, y no he ofendido al Gran Señor más que en llevar á doña María donde lo fuese. » Con esto el Bajá le cortó la cabeza para llevarla al turco, y halló á Sultana, que, cubierta de lágrimas, habia mirado el valor y la desdicha de aquel mancebo trájico. Fué grande la alegría de Vostan, y consolándola, con la mayor decencia que pudo, la llevó á palacio. No quiso el turco verla en cuatro dias; pero, vencido del amor grande que la tenia, se determinó de perdonarla, que las iras que intervienen amando, como lo siente el Anfitrión de Plauto, vuelven los que se aman á mayor amistad y gracia. Bien supo Sultana disculparse con solo el deseo de su patria y padres, pues siendo imposible la licencia, no podia de otra suerte intentar verlos; y el celoso turco tambien creerla, porque deseaba abreviar sus enojos; cosa que en los coléricos no da lugar á que las mujeres lo sean. Y en este lugar me acuerdo de haber leído en una comedia portuguesa tratar un viejo con un amigo suyo de que queria casar su hijo, y diciéndole el otro: « No lo hagais, que esta enamorado de una cortesana; » respondió el viejo: « Ya lo sé, y si intento casarle, es porque han reñido y averiguado unos celos, y es buena la ocasion deste enojo para apartarle della. » A quien replicó el amigo: « ¿ Qué poco sabeis de lo que puede una vo-

huitad antigua fundada en trato! Esta es la hora que anda vuestro hijo buscando disculpas á esa mujer para el mismo agravio que le ha hecho. » Bste fué el fin de Felisardo, esta la desdicha por la honra; así quedaron sus pensamientos buriados, y Silvia eriendo aquella desdichada prenda suya, que si creciere, como en las comedias, tendrá vuestra merced la segunda parte. Entre tanto, lea ese epitafio ó elogio á su desdicha :

Aquí yace un desdichado,
Que de sí mismo nacido,
Vivió por desconocido,
Murió por desconfiado;
Del propio honor engañado,
Aunque no sin culpa alguna,
Dejó el sol, buscó la luna;
Donde se vé que el valor
Quiere á fuerza del
Resistir á la fortuna.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA MAS PRUDENTE VENGANZA.

Prometo á vuestra merced que me obliga á escribir en materia que no sé cómo pueda acertar á servirla, que, como cada escritor tiene su genio particular, á que se aplica, el mio no debe de ser éste, aunque á muchos se le parezca. Es genio, por si vuestra merced no lo sabe, que no está obligada á saberlo, aquella inclinacion que nos guia más á unas cosas que á otras; y así, defraudar al genio es negar á la naturaleza lo que apetece, como lo sintió el poeta satírico. Púsole la antigüedad en la frente, porque en ella se conoce si hacemos alguna cosa con voluntad ó sin ella. Esto es sin meternos en la opinion de Platón con Sócrates, y de Plutarco con Bruto, y de Virgilio, que creyó que todos los lugares tenian su genio, cuando dijo:

« Así despues habló, y en verde ramo
Cenida por las sienes á los genios
De los lugares, y á la diosa Téius,
Primera entre los dioses, á las ninfas
Y ignotos rios ruega humildemente. »